

El campesino, el caballo blanco y las enamoradas

Mauro Lucio

Cuando el corazón de dos jóvenes se despierta al amor. Nada podrá detener esa magia

Crecieron en el mismo pueblo, con sus amigos, amigos de sus hermanos, juntos en el camino a la escuela que quedaba lejos, volviendo en grupo esas tardes, bromeando, planeando paseos, haciendo fiestas, celebrando los cumpleaños, pero esas dos jóvenes llegaron a hacerse inseparables. Ya era indiferente juntarse en la casa de una o de otra, ponerse o no la misma ropa. Sus hermanos eran los hermanos de las dos y sus amores comenzaban a serlo. Inevitablemente llegó el momento en que pensaron que estaban preparadas para el amor. ¿Y lo estaban? Nadie puede saberlo, algún día, en algún momento el amor nos llega de la manera más inesperada. Hablaban mucho de eso, estaban impacientes, sus cuerpos le hacían recordar que el momento se acercaba y ellas inquietas trataron de buscarlo, de apresurar el momento. Todo las había unido estrechamente. Habían encontrado la amistad verdadera en que todo se comparte, una amistad apasionada de jóvenes puras.

En esos años Lo Espejo no era más que un pueblito aislado en los campos del sur de Santiago, un punto antes de llegar a San Bernardo o a Maipú. Rodeado de una amplia zona agrícola, fundos, parcelas y chacras. Bastaba alejarse un kilómetro y el campo surgía omnipresente. Un mundo de pájaros, grillos cantores, arbustos, cultivos, praderas, viñas. No lejos el tranque de regadío con sus aguas cristalinas, paseo obligado de los muchachos el domingo.

Fue en esos vagabundeos de verano, caminando hasta que la tarde apuraba el regreso a casa que el par de jóvenes tuvieron un encuentro que traería más de una consecuencia. En un prado pastaba un caballo blanco que les llamó su atención, sereno, hermoso, con una hermosa cola blanca, diríase un rey en medio de su comarca, rodeado del silencio de la tarde, en medio de mariposas y golondrinas que pasaban rasando antes que el día se fuera. Paralizadas, se quedaron admirando lo que veían, después de un tiempo, un campesino alto, moreno, algo encorvado pero joven aún, vino por el, atándolo a una cuerda lo condujo lentamente al corral que estaba al costado de un humilde rancho. Al pasar junto a ellas el campesino les sonrió y con esa imagen, casi trastornadas de haber encontrado algo tan bello y tan cerca, decidieron volver el domingo siguiente para conocer al campesino y pedirles prestado el caballo y pasear por la parcela. Al domingo siguiente, temprano ya estaban ahí. A la solicitud de prestarles el caballo, el campesino respondió cortés y solícito. Disfrutaron mucho ese día en la aventura de montar un caballo hermoso y manso, en la tarde conversaron con el campesino que vivía solo, él les contó de su vida dedicada por entero a cultivar legumbres que vendía en Santiago, con el caballo y su carreta llevaba sus productos a la vega poniente, reía de las preguntas que las muchachas le hacían y ellas, en su conversación en el camino de vuelta, de pronto descubrieron que todo era tan hermoso, la parcela cubierta de verde, rodeada de árboles, el caballo blanco, dócil, con su melena y cola blancas y también el campesino, con su ropa sencilla y limpia de labriego, sus dientes blancos, sus ojos claros, su porte masculino, todo ello las cautivaba. Era si duda un mundo nuevo, desconocido que habían descubierto, que se abría ahí, tan cerca. Las visitas

Mauro Lucio

continuaron y entre ellas, estas jóvenes de buena familia y el campesino, fue surgiendo un entendimiento, una admiración por este hermoso hombre que tenía el gran valor de ganarse la vida con sus propias manos y su caballo.

¿Qué cambió esta historia a una relación de amor? No sé, pero veamos como continúa. Sabemos que la luna es más intensa en noches de verano. Esos atardeceres calurosos y polvorientos que las obligaba a tenderse en el pasto, en medio del campo esperando la aparición de las estrellas, rodeadas del aroma de los azares y lejos del hastío de un pequeño pueblo, donde todo ya era conocido. ¿Qué había pasado? Quizás los galanes del pueblo buscaban en el pueblo vecino aventuras más sabrosas y nuestras doncellas a falta de caballeros, encontraron un caballerizo.

Así fue, un buen día, en el rostro de uno y otra, descubrieron unos ojos enamorados. El humilde campesino de caballo y camisa blanca ahora era el objeto de sus deseos, de su amor, poblaba sus sueños de noche y de día. Algo indefinible había cambiado, las visitas transcurrían nerviosas, atolondradas. Por primera vez miraban las manos rudas del trabajador y les parecían hermosas, sus ojos cándidos y claros como manantial, su piel morena, la cálida tierra. Soñaban siendo transportadas en esos brazos musculosos, dejándose abandonar como princesas encantadas, esperando que el príncipe las despertara con un beso. En sus nuevas conversaciones en rincones de su casa donde no las escucharan, comenzaban a compartirlo como buenas amigas, en sus ansias no existían celo alguno, solo una gran ilusión.

Mauro Lucio

¿Qué sucedería con estas dos muchachas enamoradas? ¿A dónde iría a parar este amor todavía secreto a los ojos de su familia y amigos? Un amor de esta naturaleza solo estaba en la imaginación de las jóvenes. La realidad era que esa pequeña y cerrada sociedad, de pueblo, donde el señor cura era el director absoluto de las almas. Se esperaba de ellas un matrimonio precoz y formal que las elevara social y económicamente. Las madres miraban con no disimulada simpatía al rubio hijo del comerciante italiano que había hecho una no despreciable fortuna, o al cadete de la escuela militar que el pueblo veía pasar orgulloso, como si fuera su propio hijo. El tren de la historia parecía que todavía no había pasado por ese caserío.

¿El encantamiento llegaría a su término? Veamos que pasó. Llegado el domingo antes de la última semana que amenazaba con la vuelta a clases, corrieron como era costumbre a la parcela, con el corazón saltando deseosas de ver al campesino. Al llegar, todo estaba ahí, el rancho, el campo verde, los árboles, las mariposas, los pájaros, pero no el campesino, ni su caballo, simplemente habían desaparecido. No sabemos que había sucedido. Quizás el trabajador fue expulsado de la propiedad o una pérdida de la cosecha le impidió cancelar el arriendo y tuvo que volver al sur de vuelta donde su pobre familia. No, no lo sabemos. Tampoco si el campesino alguna vez entendió y abrió también su corazón a ese interés tan puro de las jóvenes, un amor sincero, generoso, resplandeciente y grande como suele ser el primer amor de las mujeres. Sorprendidas esa tarde volvieron silenciosas al pueblo, a sus hogares donde esperaban sus madres, sus hermanos, con la mesa cubierta, con sus camas limpias y primorosas, al cuidado mimado de las empleadas de la casa. Quizás el mundo poco

Mauro Lucio

a poco volvió a su sitio y los ojos de un bello profesor ganaron la atención de las jóvenes y el campesino fue rápidamente olvidado. O los galanes del pueblo al fin miraron con otros ojos a estas hermosas jóvenes y constataron esa nueva belleza que de pronto adquiriría rasgos de mujer. No sé, lo que sí se, es que de pronto el caballo blanco dejaba ahora la huella de sus herraduras en otros pastizales, y que la luna iluminaba misteriosa el pueblo de Lo Espejo, sus casas, jardines y chimeneas, olvidándose de que un día había alumbrado con brillo extraordinario los campos y corazones de la comarca.